

# EL PRADO DE LA HABANA

Por Carlos Robreño

UN CASO por su semejanza con el que de igual nombre se extiende en el castizo Madrid desde la fuente de la Cibeles hasta la estación ferroviaria de Atocha, fué por lo que al paseo que se construyó en La Habana transcurrida ya la primera mitad del siglo pasado, se le llamó también Prado. ¡El Prado de La Habana!

Desde entonces, aquella amplia avenida que recordaba mucho las Ramblas barcelonesas quedó convertida en el más concurrido lugar de esparcimiento, a donde acudía toda la población para buscar alivio a los rigores estivales de las noches del trópico.

Ciertamente, en sus primeros tiempos, según cuentan los historiadores, el Prado, aunque tenía esa peculiar estructura que ha conservado a través de los años, no ofrecía al transeúnte en la parte central un piso pavimentado, pues era de tierra y en sus bordes, a todo lo largo del paseo se admiraban frondosos árboles.

Durante los últimos años de la colonia, ya el Prado era el paseo por excelencia de los habaneros, pero lleva de tal época el amargo recuerdo, de que sobre las calles que se extienden a ambos lados, en tardes tristes, paseaba impune y jactancosamente a caballo, seguido de sus ayudantes, el repudiado Valeriano Weyler.

Al terminarse la Guerra de Independencia y ocupar la isla los norteamericanos, el gobierno provisional del general Brooke primeramente y luego el de Leonardo Wood se dió a la tarea de construir algunas obras, necesarias unas y de embellecimiento otras, en la capital de la futura República. Y entre ellas se incluyó el remozamiento del Prado de La Habana, haciendo de la parte central de dicha avenida un moderno paseo. Como un recuerdo perdurable de tal labor, se colocó sobre el piso de la cuadra inicial de esa calzada, una tarja de bronce que contenía

quizás la única errata de imprenta registrada en tales caracteres, pues en ella se leía "Lenoard" en vez de Leonard, que era el verdadero nombre del General Wood.

Del Prado que nosotros guardamos la primera remembranza, no es de aquél a donde nos llevaba la manejadora, muy pequeños aún, como era costumbre de la época, sino de otro, un poco más avanzado sobre cuyas losas patinábamos en nuestra edad infantil, en compañía de otros amigos.

De aquellos días perdidos ya en la bruma del pasado, mantenemos sin embargo, dos vivos recuerdos: el de aquella tarde trágica en que muy cerca de nosotros, fué abatido a tiros el entonces Jefe de la Policía General Armando de la Riva y el de Leopoldina.

¡Leopoldina, la de Prado! Virgencita bronceada que aventajaba unos cuantos años a aquella revoltosa grey infantil, pues en su esbelta silueta asomaban ya los inequívocos signos de la pubertad, pero que nos acompañaba en todas las travesuras propias de tan rosada edad. Era, acaso novia de todos, sin que ella se supiese de ninguno; pequeña Mimi Pinson dentro de una bohemia de pantalones cortos y niños de casa particular.

Dejaba el almanaque caer sus hojas. Todos fuimos creciendo, haciéndonos hombres. Leopoldina, la crisálida tornóse en mariposa de refulgentes colores, que revoloteaba en derredor de la llama del amor, sin que este fuego nunca quemase sus alas de alegres tonalidades, del mismo modo que el tiempo respetó en su rostro su simpar belleza criolla.

Hace poco nos dijeron que había muerto. Meses antes habíamos charlado con ella junto al mostrador de un bar moderno, de esos en que se cobra la antigua "ginebra compuesta" a ochenta centavos. En breves minutos repasamos todo el pasado y conmovida, nos confesó toda la pasión que había sentido a

través de su existencia por uno de aquellos muchachos con quien casi de niña retozaba. El nunca había podido adivinar aquel sentimiento y si lo comprendía no daba oportunidad a que se le exteriorizara.

“No obstante, estoy convencida de que yo también le he gustado mucho” —agregó lánguidamente— pero ya estamos poniéndonos viejos y cualquier día uno de los dos moriremos, llevándonos a la tumba el secreto de un amor no realizado”.

★ ★

Volviendo al Prado de La Habana diremos que en todos los primeros años de la era republicana fué el paseo más popular de los capitalinos, lo mismo en las tardes en que en la glorieta de líneas de clásico estilo helénico que se había erigido frente al Castillo de La Punta, las bandas de la Marina o del Estado Mayor del Ejército ofrecían amenas retretas, que en las primeras horas de la noche cuando acudía la población trabajadora a tomar un poco de fresco o en las silenciosos momentos en que las sombras nocturnas huían ante la proximidad del nuevo día que era saludado alegremente desde las verdes sillas de hierro, por una pléyade de artistas, literatos y periodistas.

Pudiera ser tema para otra crónica un breve recorrido retrospectivo por el Paseo del Prado, deteniéndonos en la acera de los nones, en el antiguo Centro Alemán, en la esquina de Neptuno, en el café “El Pueblo”; en el cine Máxim o cabaret “Black Cat”, en la calle de Animas; el lugar

donde una vez tuviera su “home” deportivo el Club Atlético de Cuba, el Glorioso Anaranjado de tan brillante historia; el cine Margot; el café Néctar Habanero, en el sitio donde hoy se levanta el Hotel Sevilla”, el teatro Faus-to, la Casa de los Juzgados; el café Biscuit y el amplio edificio ya derruído que ocupaba la Audiencia y Cárcela de la Habana, llamado con justeza, Prado número uno; contiguo al parque de la Punta dedicada a actividades beisboleras y futbolísticas.

Saltando a la acera de enfrenenos encontraremos el Hotel Miramar y junto a él, en el espacio que hoy ocupa un garage, una terraza denominada Garden, la cual sirvió de cabaret, cine o stadium de boxeo alternativamente. En la

esquina opuesta, el viejo café “Tiburón” ya desaparecido, señoriales residencias, la casa de José Miguel, con su “tejado de vidrio” y la aristocrática mansión de la Condesa Fernandina, el Casino Español trasladado a ese moderno edificio en la segunda década de esta centuria, el restaurant “El Jerezano”, “El Círculo de Asbert”, la famosa barbería de Donato Milanés; el celebrísimo “Anón del Prado” y el café “Las Columnas”, denominado actualmente “Miami”.

Tal fué el Prado que nosotros conocemos y que Carlos Miguel de Céspedes transformó de manera radical hace más de un cuarto de siglo, no sin antes haber sido víctima dicho paseo, bajo la autoridad municipal de Don Marcelino Díaz de Villegas o de Cuesta, de una tentativa de embellecimiento que en realidad resultó un adefesio y un atentado al ornato público, pues consistió en dos largas torres de farolas anunciadoras con estridentes colorines.

—¡Parece una comparsa parada!— fué el comentario que le sugirió semejante espectáculo a un joven habanero, de carácter apacible, filósofo y mundano que siempre proclamaba que él no se alteraba por nada, pues quería saber hasta dónde llegaba un criollo bien cuidado. Pero no tuvo paciencia, se cansó de esperar el desenlace y un día infausto se privó de la vida por su propia mano.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA